



(Fotografia: John Barr/Liaison)

Hemos perdido el reino (fragmento)*

Marco Antonio Campos

M DEJA SU COCHE DETRÁS DEL CINE Chapultepec y camina por Reforma. Cruza Río Mississippi y después Río Guadalquivir: pasa el Ángel de la Independencia y recuerda el año del 57 cuando cayó y su padre lo llevó a verlo.

En Río Marne y Reforma vio los primeros edificios semicaídos o rajados. En la acera y en la calle, tapetes de vidrio mal cosidos y trozos de fachadas destruyéndose.

Antes de llegar al cruce de Reforma e Insurgentes recuerda que en anteriores sismos se han dañado el hotel Continental y el edificio del cine Roble. Al llegar lo comprueba. En la manzana más cara o una de las más caras de la ciudad de México (Reforma, Insurgentes, Viena, Roma y General Prim) no hay casi edificio que no haya sido alcanzado por la furia de la tierra. Se le empieza a cerrar el pecho y a faltarle la respiración. Sólo con lo que pasó aquí, sólo con eso, era para que temblara el país.

El edificio del cine Roble se dañó como en el 79 y los edificios consecutivos hacia Insurgentes son amontonamientos de piedras. En las aceras y la calle hacinamientos de escombros, grandes flores de piedra que florecen sobre el pavimento, innumerables fragmentaciones y pulverizaciones de vidrio que recuerdan el movimiento vertiginoso de los caleidoscopios.

Desde Gómez Farías ve la gigantesca mole del monumento a la Revolución. No puede pasar, le dice mecánicamente un soldado. Le muestra su credencial de periodista. Entra a la Plaza de la República. Edificios doblados, inclinados, hincados sobre sí mismos. Cayeron —oye a alguien— como fichas de dominó.

* *Casa del tiempo* agradece a Marco Antonio Campos la autorización para reproducir este fragmento de su novela *Hemos perdido el reino*, editada por Joaquín Mortiz, en la Serie del volador, en 1987, pp. 113 - 115.

Atardece. El cielo es gris con lejanos tintes de azul. Desde Lafragua y Reforma, frente al Sanborn's, vuelve de nuevo la vista hacia la Plaza de la República. Hay un edificio acribillado a dos metros, y el hotel Casablanca, a media cuadra, aún parece agitarse. Le corre un ligero escalofrío.

Vuelve a Reforma y al llegar a avenida Juárez hay un hervidero de soldados, policías y socorristas. En las áreas verdes de la glorieta se han plantado, como un árbol más, los campamentos. Los edificios de la Lotería Nacional se yerguen majestuosos. Se vuelve hacia la Plaza de la República para verla desde otro ángulo. Ese fue el hotel De Carlo, esos los edificios del ISSSTE, aquél el hotel Principado... ¿Cuántos dormirán allí todavía? Se vuelve hacia avenida Juárez y en las ruinas del hotel Regis aún se alzan humaredas leves.

Camina hacia la calle de Bucareli, que ya se abrió a los peatones. Saluda a lo lejos a Perla Schwartz y a Rafael Luviano que llevan al periódico sus notas informativas. Nos vemos mañana, le grita a Rafael.

Entra a Bucareli. Fachadas roñosas, prolongadas líneas y círculos de vidrio. Dobla hacia Artículo 123 y ve una iglesia ladeada. El centro de la ciudad es una torre de Pisa. Un cordón de soldados no permite seguir. ¿Qué edificio era éste? El hotel Roma, contesta el soldado con una vaga sonrisa. El hotel Romano, corrige él mentalmente. Cayó piso sobre piso y ahora es un piso grande.

Conversa con unos jóvenes socorristas que vienen de Tlatelolco. Acaban de rescatar a una anciana de setenta años. Los jóvenes son los verdaderos héroes. Le vuelven imágenes del 68. Frente al Romano está Raúl Mococho. Lo saluda de lejos.

Regresa a Bucareli y en la esquina con Morelos hay un edificio de catorce pisos que parece a punto de caer. Se va a caer —le dice a un soldado—. El soldado contesta como si no entendiera nada.

Camina por Morelos y en la esquina con Enrico Martínez dos edificios habitación se vinieron a tierra. Vuelve a ver el Romano desde Morelos e Iturbide. Llega a Balderas. A partir de allí el centro está acordonado. Más que la vista de la destrucción, le pesa la respiración de la destrucción. ¿Qué va a hacer de nosotros, Dios mío? ¿Qué va a hacer?

Cruza Morelos y entra a un restorán. Pide un café cargado para levantarse un poco. Triste, fatigado, oye cruzar en el aire —como ráfaga, como flecha— una sentencia del príncipe Mischkin: La felicidad pasa de largo y se olvida de nosotros. 